

# ASCENCIÓN

## BLANCO

J. Y. Zafira F.



© Blanco  
Saga Ascención  
Primera edición, Noviembre 2018

© J. Y. Zafra F. 2017  
@Jotazafira  
www.ascencion.cl

Edición General: M. M. Kaiser  
Portada: José Canales  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.  
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.  
www.aureaediciones.cl  
Sello: Tricéfalo



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 255932  
ISBN: 978-956-6021-26-1

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

Novela ganadora del 1er lugar del INternational Latino Book Award  
en la categoría Mejor Libro de Fantasía y Ciencia Ficción 2019  
Los Angeles, California.

*Diez años después de la primera letra.  
Nunca es tarde.*

*Ahora bien, si alguien, abusando de la autoridad científica —la cual,  
que yo sepa, no tiene por misión desesperar al hombre—, me dice:  
«nada maravilloso puede encontrarse en este mundo», me negaré  
obstinadamente a prestarle oídos. Con mis pobres medios, y con toda  
mi pasión proseguiré mi búsqueda.  
Y si no encuentro nada maravilloso en esta vida, diré, al despedirme  
de ella, que mi alma estaba embotada y mi inteligencia ciega, no que  
no hubiese nada que encontrar.*

*L. Pauwels  
La Rebelión de los Brujos, 1970*

# 1

—¿Qué estás haciendo aquí otra vez?, vamos a llegar tarde. Párate.

—Yo no voy.

—¿Ah?

—Anda tú, ya te alcanzo.

—¿Otra vez con la tontera? Por favor, trata de no pasarte horas sentado aquí afuera tantos días seguidos, mira cómo han estado de ocupadas las patrullas estos últimos meses, ¡destierros a la orden del día!

—No te voy a dejar solo, Juan. Si es que es *eso* lo que te preocupa.

—¡El que se va a quedar solo eres tú!

No hubo respuesta.

—Mmm... ya, más te vale aparecer, no quiero tener problemas otra vez. Nos vemos.

Jesús miró a Juan alejarse. Estaba ahí desde temprano. Sentado en el cemento cavilaba sobre el pasado, algo que hace décadas no hacía y que en el último año había comenzado a invadirlo, de manera sutil pero constante.

Aun cuando se encontraba en el mismo lugar físico, ese ya no era el planeta en el que había nacido. El momento en que el mundo cambió para siempre moraba en sus recuerdos como una nebulosa, como un gran espacio lleno de niebla. Pero la nube había comenzado lentamente a disiparse.

Desde hacía un tiempo prefería caminar y no usar cabinas transportadoras, le parecía que cada vez que entraba en una, una parte de él se quedaba encerrada, volviéndolo cada vez menos humano.

Llegó a su destino pese a todo. Juan ya estaba ahí, esperándolo.

—Menos mal, no pensaba volver a buscarte.

—¿Quién no quiere vivir por siempre? —replicó Jesús con ironía.

—¿Alguien te obliga?

—¿Sabes?, siempre quise tener hijos —agregó luego de una breve pausa.

La frase alteró de tal forma a Juan que su rostro se sulfuró de manera instantánea. La gente alrededor se giró para buscar con la mirada al autor de tan desafortunado comentario al mismo tiempo que su amigo lo tomaba de un brazo y lo llevaba hacia un rincón.

—Mira, hueón, está bien que tenga que aguantar la sarta de pelotudeces que has venido diciendo de un tiempo a esta parte, pero ahora no estamos solos, así es que controla tu boca porque no pienso joder por tu culpa —le advirtió en voz baja y con el ceño fruncido.

—Perdón —respondió por cortesía.

Los demás dejaron de mirarlos, así es que aprovecharon de volver a la fila.

Parados en una hilera interminable, Jesús tusaba su barba reiterada y obsesivamente.

—¿Cuál es la idea de amontonarnos a todos aquí? ¡¿Qué cresta cuesta poner cargadores en cada departamento?! —bramó.

—¿Quién llegó tarde?, ya estaríamos en la base si te hubieras venido conmigo. Gracias. —Juan no perdía oportunidad de hacerle ver lo inoportuno y contraproducente de sus sesiones de «meditación».

—Vacas al matadero.

—Jajaja, curiosa tu analogía cuando es precisamente todo lo contrario.

—Sí, claro, «todo lo contrario».

Juan miró a Jesús pero prefirió ignorar su comentario.

—Algunos tenemos turno en pocos minutos más, ah — dijo en voz alta haciendo un intento por cambiar el tema y apurar el avance de la fila.

—Podrían haberse acabado también los sistemas mal hechos y las esperas eternas —siguió alegando Jesús, aunque ahora con un tono y volumen más discreto.

—Podemos odiarlo todo lo que queramos, pero si no fuera por *esto* no estaríamos vivos —replicó su compañero.

—Créeme, no hay día en que no lo recuerde — balbuceó Jesús casi hablándose a sí mismo, mientras la fila avanzaba un puesto.

Jesús y Juan eran amigos desde su primera juventud y lo han sido durante toda su extensa vida. Trabajaban juntos en el piso 33 del edificio subterráneo de la base 7 de Santiago. Su tarea era simple: formaban parte del grupo encargado de seleccionar, refinar y organizar ex formas de vida físicas que contuvieron energía en alguna época remota para reutilizar sus componentes en beneficio de la humanidad. Este ejercicio y todos los demás que dan vida a los distintos reabastecedores se llevaban a cabo en más de mil bases alrededor del mundo.

Luego de una espera que siempre les parecía eterna cada día que les tocaba carga, llegaron a su lugar de trabajo.

—¿Sabes qué es lo mejor de los edificios bajo tierra?

—¿Crees que puedes contar ese mismo chiste todos los años, por cientos de años y va seguir siendo gracioso siempre?—El mal humor de Jesús se negaba a morir.

—Uf, pensé que tus momentos odiosos eran sólo los días antes de la carga.

—¿Qué momentos odiosos?

Bajando la voz, Juan respondió.

—Cuando te da por hablar estupideces y actuar como *zombie*, pareciera que te agarra con más fuerza como una semana antes de la carga.

—Ok, no hablemos de eso ahora, ¿vale? —Jesús sabía que no era sólo en esas fechas. De alguna forma había logrado disimular frente a su amigo lo que le había estado pasando.

—¿Y cuándo lo hablamos?

Jesús no contestó.

—¿Por qué ha llegado tan poco material? —preguntó luego de un momento.

—¿Y qué sé yo?

—¿Quién anda a cargo de los rastreos arriba?

—Eeeehh...

Los cargamentos con el material no llegaban y Jesús se impacientaba. Llevaba décadas haciendo ese trabajo, pero últimamente se le había hecho cada vez más difícil tolerarlo. Ideas extrañas y pensamientos fuera de contexto lo hacían perder el control con facilidad.

—¡Si no va a llegar nada más deberíamos irnos! —gritó.

—¿Y cómo sabes que no va a llegar? —interrogó Juan.

—Voy a pedir que me reubiquen, ¡estoy cansado de este trabajo de mierda!

—¿Estás loco?, somos muy viejos, agradece que tenemos trabajo y no andamos vagando allá arriba.

—Mi querido Juan, quizás vagar allá arriba no es tan malo como parece.

—Si tienes tantas ganas de irte renuncia, ¿cuál es el problema?

—No sé si es eso lo que quiero realmente.

—Bueno, eso sí que es un problema, pero no creo que ese sea tu caso.

—¿Y cuál sería mi caso?

—Estás un poco confundido. Es normal supongo, son muchos años. Pero al final por algo estamos aquí, creo que todos queremos lo mismo —concluyó Juan con resignación.

—Ése, ése creo que es el problema —agregó Jesús.

Casi al terminar la jornada llegaron las primeras cargas. Tenían data de algún año entre el 2020 y el 2050, eran fundamentalmente seres humanos, aunque también había animales y algunos vegetales.

—Ah no, yo lo siento mucho pero esto queda para el próximo turno, la horita de venir a llegar —protestó Juan intentando solidarizar en algo con Jesús.

—Tenemos órdenes que esto quede listo ahora —dijo el encargado del material.

—¿Y quién dio esa orden? —interrogó Jesús volviendo a interesarse por lo que ocurría a su alrededor.

—Los grises —contestó el encargado y se produjo un silencio en la sala.

—¿Los grises? —preguntó Juan con preocupación y extrañeza.

—Algo tiene que haber pasado para que hayan dado una orden directamente, ¿ustedes saben algo? —inquirió Jesús.

—Sólo sabemos que ninguno de ustedes ni de nosotros quiere tener problemas, ¿no? —El tono autoritario y petulante del encargado fue evidente.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Juan corriendo a pararse delante de Jesús, cuyo rostro se había desfigurado y tenía toda la intención de replicar en no muy buenos términos la respuesta del personaje a cargo — ¡Claro que no! Descarguen el material y nosotros comenzaremos inmediatamente, nadie quiere problemas —clamó concluyendo la frase con una risita nerviosa.

El encargado se retiró junto a su grupo, los cuales eran evidentemente veintiunos jóvenes o incluso veintidós, al tiempo que cuchicheaban sobre lo inútiles y problemáticos que eran los veintes.

—¡¿Y qué cresta se creen estas mierdas?! —bramó Jesús golpeando la mesa.

—Déjalos, éstos no tienen memoria, para ellos los grises siempre han estado, no nos podemos comparar —respondió Juan.



—¡Vaya! ¡Don racional también tiene sentimientos!

—Sabes perfectamente que los tengo, pero una cosa es tenerlos y otra es dejarse dominar por ellos.

—¿Y qué prefieres?, ¿qué te dominen los sentimientos o que te dominen otros seres?

—¿Que te dominen?, ¿que nos domine qué? Cuando golpeaste la mesa, ¿realmente sentiste furia?, ¿o fue sólo un enojo? No sé si podemos llamarle «sentir» a este vago recuerdo que tenemos por sensaciones. Pareciera que estamos en una obra de teatro eterna.

Jesús miró a Juan a los ojos, quería decirle que en realidad sintió furia, pero el lugar no era el indicado para hacerlo.

—Tienes razón —le respondió poniendo una mano sobre el hombro de su amigo, luego dio media vuelta y en silencio se acercó a la carga. Ahí observó los restos de antiguas formas de vida y de pronto, por primera vez en años de haber trabajado en lo mismo, una idea cruzó por su mente: ¿sería posible que alguna vez él mismo hubiese visto vivas a aquellas masas inertes? La idea lo sumergió en pensamientos difusos.

Permaneció mucho tiempo observando esa materia orgánica, que eran en su mayoría huesos, materias petrificadas y tierra rica en organismos.

—¡Jesús! —El grito de Juan lo despertó—. Ya *po* hombre, ¿no te querías ir luego? Empieza a sacar la carga.

—Sí, ahí voy.

Aun cuando en el edificio de laboratorios habían muchas cabinas, y en la planta donde vivían también, Jesús y Juan preferían caminar hasta las áreas comunes, o como ellos le llamaban «las salas de estar gigantes».

Caminar por el Santiago de aquella época ya no era lo mismo que años atrás. Jesús siempre imaginó el futuro de la ciudad con cientos de edificios cada vez más altos, y aunque hace ya muchísimos años que los edificios en altura no existían, cada vez que caminaba

por la superficie le costaba convencerse de que la única estructura que se levantaba del suelo fuera el Santa Lucía, aun cuando entonces fuera sólo un montículo de tierra que recordaba vagamente al cerro que alguna vez fue.

Ahí estaban nuevamente en ese gigantesco galpón blanco y luminoso. Esos monumentales almacenes de personas estaban repletos con sillones de plástico blanco, los pisos alfombrados color blanco de pared a pared, mesas blancas con jarrones y vasos, todos llenos de ese brebaje blanco muy parecido a la extinta leche.

—Otro día más, otro vasito de leche. Cuántos años tomando esta mierda. —Jesús no claudicaba con los comentarios mordaces.

—Uf, parece que hoy simplemente no se te va a pasar, ¿ah?

—Ni siquiera tiene sabor... Todavía me acuerdo de algunos sabores, ¿y tú?

—Sí. Recuerdo el de la palta, me encantaba comerla. Una delicia, igual que el manjar —respondió Juan—. «Si no puedes con ellos, úneteles», pensó.

—¡Manjar...! Ya no recuerdo su sabor... ¿Cómo llegamos a este estado Juan?, ¿por qué ya no recuerdo tantas cosas que quisiera recordar, pero que a la vez no me importa no recordarlas? Como la frustración, la frustración que debería sentir ¡¡y no la siento!!

—Debe ser esta leche, porque no creo que nos hayan lavado el cerebro, ¿cierto? —teorizó Juan, al tiempo que miraba a Jesús con los ojos llenos de risa.

Sentados en uno de esos sillones carcajearon ruidosamente mientras acababan sus vasos de «nueva leche» la que, por lo demás, era su único alimento, y es que ya no existía ningún otro.

Jesús siguió cavilando sobre su incapacidad de recordar algunas sensaciones mientras Juan miraba el techo blanco, preso de su luminosidad hipnótica. A

su alrededor miles de otros humanos, todos de blanco, reflejaban la luz en sus ropas o en sus calvas. Las calvas predominaban en la nueva humanidad, machos o hembras, a la evolución le era indiferente, ciertamente el pelo ya no era necesario.

Los altoparlantes anunciaron la entrada de un nuevo turno. La mitad de la sala se paró y avanzó desapareciendo hacia las profundidades de la tierra.

—Me parece que el problema no es que no podamos sentir frustración, sino que en verdad esas cosas que quisiéramos sentir ya no nos importan, no las usamos, y como no las usamos el cerebro las comienza a borrar —filosofaba Jesús—. Inevitablemente vamos en camino a convertirnos en masa, y si lo piensas no pod...

Su amigo no lo estaba escuchando. Sus ojos seguían pegados en el techo, totalmente abiertos y sin pestañar, las pupilas dilatadas, inmóvil. Solían entrar en esos estados de trance. Jesús creía que era el cerebro demandando por el sueño. Pensaba que quizás en esos segundos lograban soñar por un momento, aunque, claro, jamás recordaban algo. A Juan le encantaba dormir, cuando aún podía. En esa época de la humanidad ya no se dormía, las personas funcionaban las 24 horas sin parar, fundamentalmente gracias a nanotecnología incorporada en la nueva leche. Además, el Régimen había creado una atmósfera artificial que producía que el cielo estuviera iluminado siempre. Millones de larguísimos postes nacían de la tierra y se disparaban hasta la ionósfera liberando una carga constante de iones modificados para producir tal efecto. Haber visto la salida o una puesta de sol era un recuerdo de sólo algunos, muy pocos.

—¡¡Juan!!

—¿Mmm?, ¿nos toca?

—No, estabas pegado.

—¿Cuánto falta?

- Seis horas.  
—¿Vamos a caminar?  
—Eeehh... bueno, vamos.

Las calles del exterior parecían gigantescas e infinitas pistas de aterrizaje. El color gris del cemento se extendía hasta más allá de la capacidad del ojo. Todo adornado por las cabezas de los edificios subterráneos, y esos postes metálicos que subían hacia las alturas hasta desaparecer.

Caminaron por un par de horas hasta llegar al lugar donde hacía cientos de años comenzaba a levantarse una porción de la imponente cordillera de los andes. Ahora en su lugar un enorme cañón aparecía a sus pies. Estas fallas podían llegar a ser abismos gigantescos que se internaban varios kilómetros dentro del planeta, pero también existían zonas menos profundas.

- ¿Ves a alguien? —preguntó Jesús.  
—No, ¿tú?  
—No estoy seguro, bajemos un poco.

Descendieron por una quebrada. Unos doscientos metros más allá una gran pared de piedra les bloqueó la visión. Al pasarla, otro descenso daba paso a una planicie medianamente extensa.

—Ahí veo carpas, ¿las ves? —señaló Jesús al tiempo que hacía el típico gesto de visera con la mano sobre sus ojos.

- Sí, ¿algún perdido?  
—Mmm, parece que ahí hay dos —respondió Jesús, no muy convencido.

Quienes no murieron durante el levantamiento fueron sometidos e insertados en el nuevo sistema de civilización, sin embargo, algunos cientos de miles alrededor del mundo fueron abandonados a su suerte en la superficie. Les llamaban «perdidos» y en esa fosa vivían unos cientos.

Ya no eran completamente humanos. Aun cuando habían logrado reproducirse durante cientos de años, sufrían una inevitable involución. Al contrario de las nuevas razas sus cuerpos se habían poblado de pelos, esto debido a su constante contacto con la aridez de la tierra desnuda y a la temperatura ambiente, la cual no superaba los seis grados centígrados.

Jesús y Juan bien podrían haber pasado por «perdidos», pues llevaban su pelo largo y mantenían abundantes y ordenadas barbas. Les gustaba esa apariencia que los diferenciaba de la masa. No eran los únicos veintes que estilaban usar ese look hippie, algunos otros también lo hacían, esto al contrario de la mayoría, quienes rapaban sus cabezas y depilaban cualquier atisbo de pelo en sus cuerpos. Sin duda, la vida era mucho más fácil para los veintiunos y veintidós en esos días.

Observaron durante varios minutos al par de perdidos. Éstos se encontraban sentados al estilo indio uno frente al otro y permanecieron casi inmóviles todo el tiempo. Repentinamente se incorporaron y entraron en una de las carpas que conducían a las grandes grietas de una roca que se levantaba al final de la hondonada. Los amigos se miraron extrañados. Nunca habían visto a perdidos actuar de esa forma, la mayor parte del tiempo se les veía levantando piedras en busca de insectos, que eran los únicos seres vivos, no humanos, que sobrevivieron al nuevo tipo de ecosistema de la tierra y que, por lo tanto, se habían convertido en el único alimento de esta estirpe.

—¿Qué estarían haciendo sentados de esa forma?

—Ni idea, nunca los había visto así —respondió Juan tan extrañado como Jesús.

—Y tanto rato, ¿hace cuánto los estamos mirando?

—Casi treinta minutos.

—Extraño.

Juan los miraba tratando de descifrar algo a través de su lenguaje corporal, pero le fue imposible.

—Volvamos, entramos en tres horas.

—Vamos.

Comenzaban el camino de regreso cuando Jesús, a través del rabillo del ojo, vio a alguien salir de una de las carpas. Golpeó a su compañero en la espalda y lo arrastró detrás de la gran roca que marcaba el inicio de la planicie. Miraron agazapados y la visión los sorprendió de tal forma que volvieron a sentir aquella sensación de sorpresa que no sentían hacía más de dos siglos.

Apenas asomada fuera de la carpa principal, una figura humana permanecía de pie. Vestía una túnica larga, completamente negra y con capucha. Tenía el pelo largo y barba que le llegaba hasta el pecho, ambos, cabello y barba, eran blancos. No había duda, era un anciano, un anciano humano.

Juan no cabía en su asombro.

—¡¡Es un veinte!!, ¡¡míralo!!, ¡¡es un veinte anciano!!  
No lo puedo creer, ¡jamás pensé que volvería a ver uno!

—¿Pero por qué está ahí?, ¿cómo ha sobrevivido?

—Mira su ropa, se parece a la que usaban los monjes.

—O los curas.

Los amigos estaban perplejos. Miles de preguntas se agolpaban en sus impactadas mentes. No podían despegar sus ojos de esa visión casi sobrenatural. Eran los últimos segundos antes de que sus vidas cambiaran para siempre.

De improviso el anciano giró su cabeza rápidamente hacia donde se encontraban escondidos, y su mirada se clavó en la de Jesús. Los ojos de éste se abrieron aún más e instintivamente trató de ocultarse, pero no lo logró, de hecho ni siquiera pudo despegarse de los ojos de ese hombre misterioso.

Mientras Juan intentaba infructuosamente esconder a su amigo, tironeándolo del brazo, Jesús veía cómo el viejo de túnica negra le sonreía al mismo tiempo que con la mano lo invitaba a acercarse. Fue entonces

cuando volvió a tener control sobre su cuerpo y el miedo se apoderó de él secretando cuantiosas cantidades de adrenalina, las cuales se distribuyeron rápidamente por su cuerpo, haciéndole correr despavorido.

Corrió tan velozmente que su compañero, que iba detrás tratando de alcanzarlo, lo veía cada vez más lejos. Corrió de forma tal que en su cuerpo despertaron músculos que no habían sabido de acción en cientos de años. Jesús sintió cómo esos músculos se ponían en marcha, uno tras otro, cada vez más, y entonces le pareció que ya no corría, sino que volaba, y en su cabeza sintió explosiones, y vio luz, sólo luz, la luz que lo abarcaba todo y lo era todo, y él era la luz. Y en ese preciso instante, Juan lo veía desplomarse sobre la tierra árida.

## A

La pieza estaba completamente oscura, no porque aún fuera de noche, sino porque las gruesas cortinas todavía bloqueaban los rayos del sol que se encumbraba en los cielos de la capital hacía más de tres horas. La alarma programada del televisor/VHS, hizo funcionar el aparato a las 11.30 a.m. Siempre lo dejaba sintonizado en el canal MTV. No había nada mejor que despertar con música.

El fulgor de la pantalla iluminaba la oscuridad de la habitación, pero no era música lo que los oídos de Jesús comenzaban a percibir al tiempo que lentamente iba despertando. Tras estirarse y bostezar exageradamente se incorporó en su cama y tomó desde su velador el control remoto para subir un poco el volumen. Seguramente la noche anterior había apagado la tele en un canal de noticias, porque estaba claro que las imágenes que veía no correspondían a un video musical.

CH+ en el control remoto, siguiente canal, misma imagen, CH+, misma imagen, CH+, CH+, CH+, lo mismo, ¡lo mismo!, ¡¡lo mismo!!

Todavía medio dormido, su cerebro demoró en procesar la información, pero su sistema límbico ya había comenzado a mandar señales de alerta a su cuerpo. Lo que estaba pasando no era normal, de hecho estaba muy, muy lejos de la normalidad. 54 de los 60 canales estaban transmitiendo lo mismo, en vivo.

Cámaras montadas en varios helicópteros mostraban una gigantesca nube de polvo que parecía no tener fin. El generador de caracteres de CNN titulaba: «¡Terremoto



en Nuevo México!». «¿Terremoto?», pensó Jesús, «Eso no es un terremoto. ¿Una tormenta de arena quizás?». Eran las primeras ideas que se agolpaban en su cabeza. VOL+, en el control remoto:

*A las 11.06 a.m. un sismo grado 9.6 en la escala de Richter sacudió el estado de Nuevo México. El epicentro se ubicó en el poblado de Sandía en el condado de Sandoval. Una monumental nube de polvo ha cubierto por completo los condados de Los Álamos, Santa Fe, Bernalillo, Valencia, Tarrant y Sandoval, haciendo imposible por el momento apreciar la magnitud de los daños ni la cantidad de heridos o muertos que pudieran haber sido víctimas de esta catástrofe sin precedentes.*

1 y 9 en el control remoto. En el matinal de TVN mantenían una conversación telefónica con el sismólogo de la Universidad de Chile, Marcos Ríos:

*Lo cierto es que lo que acaba de ocurrir nos tiene absolutamente atónitos. La zona de Nuevo México nunca concentró actividad sísmica importante, de hecho, el movimiento más fuerte registrado ocurrió en 1966 y fue de 5.5. Pero lo realmente desconcertante de este terremoto no es eso. Un sismo de 9.6 grados, ¡el más grande de la historia hasta ahora!, debiera haber afectado, y haber sido percibido, por prácticamente la totalidad del sur de Estados Unidos y gran parte del norte de México, y sin embargo, fuera de las zonas cubiertas por la nube de polvo, el resto de los territorios aledaños no fueron afectados por el movimiento. Esto es completamente anormal y nunca antes visto, la verdad es que me es difícil indicar a ciencia cierta si estamos realmente en presencia de un terremoto...*

Las caras de los animadores de turno parecían grandes y luminosos signos de interrogación, pero aun así se esmeraron en entregar acertados aportes a las

imágenes que llegaban desde Norteamérica, tarea en la que fracasaron estrepitosamente.

MUTE en el control remoto.

Intentando digerir toda la información que había recibido de golpe y apenas despertando, Jesús abrió las cortinas de su pieza y dejó entrar la luz del día. Tomó su teléfono celular y dejó apretado el número 4 por unos segundos. En la pantalla monocromática del aparato se leía «Fer conectando...». El tono sonó cuatro veces antes que la llamada fuera contestada.

—¿Amor?

—¿Estás viendo? —preguntó Fernanda con preocupación.

—Estoy viendo, desperté hace quince minutos.

—Eso no es un terremoto, ¿cierto?

—Fue lo primero que pensé cuando vi las imágenes. Después salió Ríos en el matinal diciendo lo mismo, seguramente va a estar hablando todo el día en todos los canales.

—Estas cosas me dan miedo, fue lo mismo cuando pasó lo de las torres.

—Tranquila, acá estamos a salvo. Una de las ventajas de vivir en el fin del mundo. —Jesús sabía cuánto le incomodaban ese tipo acontecimientos a Fernanda, y por eso trataba de convencerla de que no había de qué preocuparse. El 11 de septiembre lloró desde que vio al segundo avión estrellarse contra la torre sur, hasta entrada la tarde de ese fatídico día. No quería volver a verla así.

—¿Qué crees?

—No lo sé, es rarísimo todo. Mira esa nube, ya va a ser casi una hora desde que fue el terremoto y todavía no se dispersa prácticamente nada. Parece niebla.

—¡Me atrasé con todo esto! Me voy a la U. Nos vemos a las tres, ¿verdad?

—Sí, amor. Un beso.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Hablar con ella lo había tranquilizado un poco. A pesar de estar a miles de kilómetros de distancia de la catástrofe, Jesús entendía que la naturaleza humana compele a verificar el bienestar de los seres amados cuando se está en presencia de calamidades de esas magnitudes, aun cuando racionalmente se sepa que no corren riesgo alguno.

La televisión seguía mostrando más de lo mismo. MUTE en el control remoto y el sonido retornó. En el matinal un trío de agoreros del fin del mundo mantenían un intenso debate sobre la naturaleza del «terremoto». Mientras Jesús entraba en la ducha, uno de los invitados a debatir declamaba:

*Que no les quepa la menor duda, esto es un ataque concertado entre Al-Qaeda y la alianza Chino-Rusa. El dominio de medio oriente que consiguió Estados Unidos al invadir con éxito Iraq, Afganistán, Siria y más de la mitad de Irán, incluyendo su capital Teherán, significó golpear duramente tanto al grupo terrorista árabe como a Rusia, que desde el día uno no vio con buenos ojos que la superpotencia se les instalara en el patio de atrás en apenas un año de campaña. La unión con China sólo necesitaba de una chispa como ésta para concretarse. Señores, ¡esto no fue un terremoto!, aquí claramente se ha utilizado un arma geológica desconocida hasta el momento. Si esto se confirma dentro de las próximas horas, podemos estar en presencia del inicio de la tercera guerra mundial, ¡a no dudar!*

Los augurios apocalípticos continuaban uno tras otro mientras Jesús se ponía calcetines, para luego seguir con los pantalones y una camisa. Mientras se amarraba las zapatillas recordó los locos días anteriores a la noche de año nuevo de 1999. Los presagios que hablaban del

fin de los tiempos hacían nata. No había cómo escapar, si no eran bolas de fuego que destruirían todo a su paso, sería un gigantesco cometa el que acabaría con la vida en el planeta, y si todo eso fallaba estaba el Y2K para devolverlos a todos a la edad de piedra y desatar una locura que los haría matarse los unos a los otros hasta que ya no quedara ningún ser humano en pie.

Recordar eso lo hizo tranquilizarse un poco más. El mundo se había acabado tantas veces antes. Y ahí estaban. Todavía.

Ya en la calle sintonizó su personal stereo y continuó escuchando noticias del acontecimiento, mientras se preparaba a abordar la micro que lo transportaría de punta a punta de la capital hasta llegar a su destino.

Camino al paradero iba desenrollando el cable de sus audífonos para sintonizar rápidamente cualquier radioemisora que estuviera transmitiendo las alternativas del suceso (que en ese momento muy probablemente eran todas las estaciones del dial). El personal stereo no encendía.

—¡¿Qué crestaaaa!?

Rápidamente sacó las pilas alcalinas de dentro del aparato. Alternadamente puso una de ellas entre sus manos y las sobó rápidamente como quien intenta hacer fuego con un palito sobre una roca en una pila de ramas. Primero una, luego la otra. Dos veces cada una y de vuelta a su compartimiento dentro del personal. Logró entonces sintonizar. Primera estación en el aire, Cooperativa:

*Seguimos en transmisión minuto a minuto de lo que está ocurriendo en estos momentos en Nuevo México. Las imágenes de las distintas cadenas informativas continúan mostrando la densa nube, de la cual hace poco se descartó se trate de polvo en suspensión, y que cubre aproximadamente 30.000 kilómetros cuadrados de territorio. No se ha logrado*

*establecer contacto alguno con autoridades ni centros de respuesta a emergencias dentro de las ciudades afectadas. Las comunicaciones en el área se encuentran fuera de servicio, no pudiendo realizarse ningún tipo de conexión por los canales regulares. Todas las imágenes y despachos telefónicos desde la zona se están realizando única y exclusivamente vía satélite. El presidente George W. Bush se dirigió a sus compatriotas hace pocos instantes, escuchemos lo que comunicó el mandatario...*

Se escuchó a continuación la voz del hombre más poderoso de la tierra en esos momentos, siendo interpretado en español por esa característica voz femenina de los noticieros o las ceremonias de entrega de premios que parecía siempre estar aburrida o quedándose sin aire.

*Buenos días. Hoy una nueva tragedia azota a nuestro país. No se trata esta vez del sinsentido del terrorismo, sino de la impredecible y a veces cruel naturaleza. Un acto de Dios. Hasta el momento nos es imposible cuantificar la cantidad de compatriotas afectados por este terrible terremoto, el más grande jamás registrado en la historia de la humanidad, aun así nuestros equipos de emergencia se encuentran cien por ciento preparados para ingresar a la zona de catástrofe en el momento mismo que esto sea posible. Desconocemos la naturaleza de la nube que nos impide entrar en los condados afectados, pero observaciones preliminares de nuestros geólogos indican que podría tratarse de algún tipo de gas que ha emanado de las profundidades debido al colosal movimiento de la tierra. A las familias de nuestros compatriotas que viven en las localidades afectadas enviamos un mensaje de tranquilidad y fortaleza, sabemos que la incertidumbre de desconocer las condiciones en que se encuentran sus seres queridos es angustiante y abrumadora, pero deben saber que su país estará a su lado en todo momento, no habrá necesidad que no cubramos si así ustedes lo requieren. Una vez más nos vemos enfrentados al*

*más grande de los desafíos, pero sabemos que la gente de este país es fuerte como ninguna, y que nuevamente nos pondremos de pie como ya lo hicimos en el pasado. Gracias, buenos días y que dios bendiga a América.*

«Una nube de gas... una nube de gas...» fue lo único que quedó dando vueltas en la cabeza de Jesús. Aborrecía al personaje que acababa de oír, pero era un mal necesario escuchar lo que tenía que decir. De vuelta en la transmisión radial, entrevistaban a un geólogo:

*Tenemos en línea al geólogo y profesor de la Universidad Católica don Claudio San Martín, experto en gases naturales, quien tratará de aclararnos un poco a qué se refieren las autoridades cuando dicen que la nube, que hasta el momento aun imposibilita saber qué pasó con la zona afectada, podría ser un gas.*

*—Don Claudio, muy buenos días, bienvenido al diario de Cooperativa y gracias por contestar nuestra llamada.*

*—Buenos días, Bárbara, gracias a ustedes, espero poder responder a sus inquietudes.*

*—Vayamos al grano, ¿existe algún gas conocido con las características de lo que hemos estado observando las últimas dos horas, profesor?*

*—Iré al grano también: no, no existe un gas con esas propiedades, por lo menos ninguno de los gases presentes en la tabla periódica.*

*—¿Por qué entonces el gobierno norteamericano ha informado sobre esta posibilidad supuestamente propuesta por geólogos que están estudiando en estos momentos el fenómeno?*

*—Bueno, Bárbara, aclaremos que mi afirmación viene a partir de lo que podemos apreciar a través de las transmisiones televisivas, evidentemente no estoy en el lugar del acontecimiento, como sí, supongo, lo están los geólogos a los que usted hace mención. Me imagino que ya han podido realizar algunas pruebas que podrían dar algún sustento a su teoría.*

—No suena muy convencido.

—Es que lo que estamos viendo desafía bastantes reglas físicas. Es un comportamiento gaseoso nunca antes visto y del que, obviamente, no existe ningún registro.

—¿Tiene alguna teoría al respecto?

—Claro. En primer lugar descartaría de plano que la nube que observamos se haya originado de la emanación espontánea de algún gas natural luego de que la tierra se abriera producto de la gran magnitud del sismo. Me inclinaría a pensar de que se trata necesariamente de un gas artificial.

—¿A qué se refiere con artificial?, ¿que fue creado por el hombre?

—Sí... me parece la única explicación lógica considerando todo lo que sabemos en el ámbito de la geología y la química y física.

—Pero, profesor, esa teoría implica necesariamente que no estaríamos frente a una catástrofe natural, ¡sino ante una intervención humana!

—Yo no estoy atribuyendo responsabilidades, ni menos planteando la posibilidad de que esto se trate de algo concertado, simplemente estoy entregando mi opinión profesional frente a los hechos... esa nube no es natural, puedo decirlo con absoluta convicción.

Bueno, sin duda, comentarios que darán que hablar. Agradecemos el contacto al profesor en geología, Claudio San Martín, esta noticiosa mañana en el diario de Cooperativa. Hacemos una pequeña pausa y volvemos con la transmisión minuto a minuto de lo que...

Jesús no era particularmente aficionado a las teorías conspirativas, pero sin duda las palabras del profesor San Martín le habían hecho mucho sentido. Vivía en el país más sísmico del mundo, eran innumerables los temblores que había experimentado, de hecho, su recuerdo más antiguo era precisamente del terremoto del 85', cuando con apenas cuatro años figuraba parado

bajo el dintel de una puerta del departamento donde él, su madre y sus dos hermanos menores se movían de un lado a otro como si el edificio estuviera hecho de cartón en lugar de concreto. Había leído todo lo que era posible leer sobre el terremoto de Valdivia en 1960, que hasta hacía un poco más de dos horas, era el más grande jamás registrado con sus 9,5 Richter. Duró diez minutos y devastó todo, y lo que no destruyó se lo llevó el maremoto que lo sucedió, que con una ola de 8 metros y a 150 kilómetros por hora, cambió para siempre la geografía del lugar. Pero gas, nada, ni siquiera nubes de polvo. Eso no era propio de un terremoto. Algo no estaba cuadrando y hacía crecer en él una constante sensación de intranquilidad.

Ya llevaba 45 minutos arriba de la 676 y todavía le faltaban 45 más para llegar a destino. Los tacos estaban especialmente terribles ese día. En la esquina de Américo Vespucio con Colón se subieron tres sujetos de traje. Uno de ellos, con biblia en mano, se paró en medio de la micro y exclamó:

*¡Es el día del arrebató, hermanos!, ¡alabado sea el señor Jesucristo y que en su infinita gloria nos invite a compartir en su presencia en el reino de Dios padre! ¡Somos pocos los que conoceremos de su santa gracia, pues muy pocos seguimos al señor Jesucristo durante todos los años de nuestra vida sin claudicar ante los pecados del hombre y la maldad de Satanás!, ¡somos pocos los que habiendo conocido el pecado de la carne y de la mente, los que habiendo caído a las profundidades del averno, nos arrepentimos y aceptamos al señor Jesucristo en nuestros corazones y juramos dejar atrás nuestra vida errante y entregarnos al camino de nuestro señor, que es justo y que nos acoge a pesar de todos nuestros errores!, ¡no es tarde aun, hermanos! ¡Incluso hoy puedes aceptar que nuestro señor Jesucristo entre en tu vida!, ¡porque ha llegado el día en que finalmente él regresará y escogerá a su rebaño de entre los que*



*somos sus ciervos, y todo aquel que lo lleve en su corazón tendrá un lugar en su reino, todos los que cargamos junto con él la cruz de Cristo se sentarán a su lado en el día de las tribulaciones!, ¡y ese día es hoy, hermanos!...*

Aún con el personal a volumen máximo, Jesús no pudo evitar escuchar el discurso de aquella tribu de ortodoxos del mesianismo. No profesaba ninguna religión, pero había sido un ferviente católico entre los nueve y los doce años. La catequesis, la primera comunión, ir a misa *todos* los domingos, leer la biblia completa más de una vez, eran actividades que a esa edad convertían a cualquiera en un fanático. Pero, como casi todo en su vida, esa pasión no perduró, aunque ésa era una de las pocas que no lamentaba haber perdido.

Miró los rostros del resto de los pasajeros, algunos, sobre todo señoras de mediana edad, no recibieron con mucha felicidad el mensaje del predicador. «El miedo se expande más rápido que un resfrío». Imaginó esas mismas reacciones en otras señoras de mediana edad que tras ver las imágenes escuchan las afiebradas teorías de cuanto personaje aparecía en un set televisivo o en el auditorio de una radio. La idea añadió otra preocupación a su ocupada mente: no había hablado con su madre.

Sacó el celular Nokia de su bolsillo y dejó presionado el número 2 en el teclado por unos segundos. A continuación en la pantalla monocromática del aparato se podía leer «Mamá conectando...» El tono de llamada sonó ocho veces antes que fuera contestada.

—¿Aló?

—Hola, *ma*.

—¡Hijo!, ¿dónde estás?

—Camino a la U.

—Ya viste lo que pasó, supongo.

—Fue lo primero que vi al despertar en la mañana. Ahora voy escuchando lo que pasa por la radio.

—Qué cosa más terrible, me imagino lo que debe estar pasando esa pobre gente. ¡Además del tremendo terremoto estar así de incomunicados por tantas horas! Lo encuentro espantoso.

—Mmm..., se comenta bastante que la famosa nube no sería polvo en suspensión, sino alguna especie de gas artificial.

—¿¡Cóoomoo?! ¿dónde viste eso?

—Escuché a un geólogo hablando en la radio hace un rato, es más, dijo estar cien por ciento seguro de que esa nube no era natural.

—¡Wooow!, ¡qué susto! Ojalá sepamos pronto qué está pasando.

—Sí, el no saber es lo peor, las especulaciones están a la orden del día. ¿Todo bien por allá?

—Sí, hijo, ¿cuándo vienes?

—Uffff, no sé, ma, estamos entrando en semana de exámenes, pero espero poder arrancarme un *finde* antes de navidad.

—Ya, pucha, bueno, ojalá puedas. Tu papá y tus hermanos te echan de menos los fines de semana.

—Sí, lo sé, yo también los extraño, pero este año ha estado harto más pesado que los anteriores, por eso no he podido ir mucho.

—También lo sé, pero una como madre querría que sus hijos estuvieran siempre con una, o por lo menos más cerca, ¡y cuando pasan calamidades como éstas el sentimiento crece aún más!

—Ma, me estoy bajando de la micro, hablemos más tarde.

—Ya hijo, te amo, un beso.

—Y yo a ti, un beso.

No se estaba bajando realmente, pero no le gustaba mucho hablar de sus sentimientos, así es que usó el pretexto para terminar la conversación y volver a los audífonos dónde se seguía hablando de lo mismo.

La escasa información y nulo cambio en el paisaje en Nuevo México ya estaba comenzando a poner más que nerviosos a varios. Sin mucho que poder seguir informando, en la radio repetían el discurso de Bush y fragmentos de la entrevista al geólogo Claudio San Martín, quien hacía apenas una media hora atrás, había realizado polémicas declaraciones con respecto a la verdadera naturaleza de la cada vez más misteriosa «nube de gas».

El reloj marcaba las 13.45 y la odisea en el transporte urbano estaba a unas diez cuadras de finalizar. El calor de principios de diciembre ya comenzaba a causar estragos, sobre todo a bordo de ese armatoste metálico con ruedas que seguro ya llevaba más de veinte años destruyendo el pavimento por las calles de la capital, y si a alguien le tocaba ir sentado arriba del motor, como iba Jesús, podía fácilmente ir calcinándose a unos 40 a 42 grados de temperatura.

George W. ya se repetía por tercera vez cuando la grabación se interrumpió repentinamente...

*¡Mucha atención!, ¡las imágenes en vivo de las distintas cadenas internacionales muestran que aparentemente la nube de gas estaría comenzando a desaparecer! No es posible aún distinguir con claridad estructuras sobre el terreno pero puede notarse en lo más alto cómo la densidad del gas comienza a disminuir. Estamos transmitiendo minuto a minuto desde el diario de Cooperativa todas las alternativas sobre el violento mega terremoto 9.6 Richter, que afectó a Nuevo México a las 11.06 horas de esta mañana y cuya destrucción no ha podido ser dimensionada debido a una gigantesca nube de gas que ha cubierto todos los terrenos afectados, sin embargo, al parecer estamos a minutos de poder obtener una visión clara de...*

Se produjo un silencio. La voz retomó temblorosa.

*Audidores, lo que estamos viendo... no... no sé cómo expli...*

Silencio nuevamente. Uno, dos, cinco, ¡diez segundos!

La cabeza de Jesús iba a explotar.

—¡¡¿Quéééé?!!!, ¡¡¿qué están viendo?!! —gritó sin importarle en lo más mínimo que alguien lo escuchara. La voz nunca volvió. Desaforado, sacó el personal stereo de su mochila. Las pilas de nuevo. No lo podía creer. Miró a los demás pasajeros a su alrededor, ninguno iba escuchando radio, ¡ninguno!, ignorantes de lo que ocurría en el mundo, leían el diario o miraban por la ventana. Jesús también miró por la ventana saltando de forma automática de su asiento al darse cuenta que debía haberse bajado dos paraderos atrás. Tocó el timbre para bajarse varias veces, golpeó la puerta fuertemente, le gritó al chofer «¡¡Timbre!!» haciéndolo detener la máquina, de la cual descendió como un energúmeno.

Casi sin mirar hacia ningún lado, cruzó corriendo las seis pistas de la avenida, en ambos sentidos. De milagro no quedó estampado en el pavimento por un camión tres cuartos que tocó infructuosamente su bocina y que logró frenar justo cuando Jesús alcanzaba la vereda al otro lado de la calle.

No le importaba nada «¡¡¿Qué están viendo?!!!, ¡¡¿qué están viendo?!!». Las más afiebradas ideas desfilaban en su mente.

¿Naves extraterrestres?, ¿monstruos plagados de gigantes tentáculos? Necesariamente tenía que ser algo extraordinario. La voz de la locutora le había transmitido tanto asombro como temor.

No podía creer su mala suerte.

Corría a todo lo que daba. La universidad ya estaba a dos cuadras. Llegando enfilaría directo a la cafetería, donde seguro todos estarían pegados al televisor viendo cómo los tentáculos gigantes derribaban helicópteros o las naves alienígenas disparaban rayos pulverizadores. Saltó para evitar un desnivel y el celular cayó de su

bolsillo, dio bote en el suelo y terminó abierto en tres partes en él, a esas alturas de la tarde, hirviente concreto.

«Lo que faltaba». Estuvo a punto de dejarlo tirado en la calle, pero ganó la cordura y recogió lo más rápido que pudo las piezas, volviendo a emprender la marcha al tiempo que abría su mochila y tiraba todo adentro.

Al fin la entrada de la casa de estudios aparecía frente a él. La cruzó como un bólido, pero un guardia inconsciente lo atajó cinco metros más allá.

—Su credencial, joven.

«La billetera, ¡la billetera!». Revolvió todo dentro de la mochila, la encontró, la abrió y mostró al vigilante el carné con foto de sonrisa radiante, nada más lejano a su rostro en ese momento, rojo, sudoroso, desencajado.

Siguió su carrera. Vio las mamparas de vidrio de la cafetería. Un numeroso grupo estaba apiñado mirando ligeramente hacia arriba, obteniendo el ángulo en que el televisor estaba montando en un soporte colgante desde una de las esquinas del lugar. Jesús bajó la velocidad, y a medida que se iba acercando, ya podía distinguir rostros. Varios de sus amigos estaban ahí, con las bocas abiertas y los ojos fijos, al extremo de casi no pestañar. La primera señal no era alentadora. Una de las mamparas estaba abierta al final del frontis del comedor, Jesús caminaba mirando a sus amigos y compañeros, preparándose mentalmente para ver lo que fuera que la televisión estuviese mostrando, lo que fuera que producía esas muecas de terror e incredulidad.

«Que sea lo que Dios quiera», pensó casi de forma inconsciente al tiempo que ingresaba al lugar y giraba para mirar al fin de frente a la cruda realidad.

## 2

Jadeando como hacía años no lo hacía, Juan se Jarrodilló junto al cuerpo de su amigo, que cubierto de tierra de pies a cabeza, yacía desparramado como una plasta.

No sabía qué hacer, lo movió, lo zamarreó, lo golpeó. Jesús no despertaba. La desesperación lo comenzó a invadir. Miró a todos lados intentando encontrar a algún otro veinte de los que también solían salir con ellos a caminar a la superficie. Pero estaban muy lejos de los senderos comunes. Estaban en medio de la nada, si es que acaso se podía estar en algún lugar del techo de la ciudad sin estar en medio de la nada.

—¿Qué hago ahora!? —gritó al viento Juan—. ¡Por la puta madre, hueón!, ¡última vez que te hago caso! —le gritó al cuerpo inerte de su amigo.

Se incorporó, se sacudió y miró para todos lados. Con las manos en la cintura caviló por unos segundos sus próximos pasos. Lo primero era lo primero, tenían que volver a las instalaciones sí o sí. Si no se presentaban a turno pasarían a revisión por rebeldía, a su tercera revisión en el caso de Jesús, y, como todos sabían, tres strikes y estaban fuera.

No tenía otra opción. Se agachó para dar vuelta el cuerpo y dejarlo boca arriba. De frente a él pasó sus brazos por debajo de la cintura, su rodilla izquierda la apoyó en el suelo entre las piernas de Jesús, bajando un poco más los brazos atrajo su cuerpo hacia él, lo levantó haciendo un gran esfuerzo y lo soltó sobre su hombro izquierdo. Que Juan fuera bastante más grande

y corpulento que Jesús lo ayudó mucho en la tarea de acarrear su cuerpo los kilómetros que le quedaban por caminar.

El viaje se hacía eterno. El sudor le quemaba los ojos y su espalda daba alaridos reclamando por un esfuerzo del que no sabía hacía centurias. Pero no podía parar, el cansancio y el dolor tendrían que esperar su turno. Su cabeza se ocupaba a la vez en mantener la postura y el paso y en planear la entrada con un cuerpo a cuestras sin ser descubierto, y por consecuencia, interrogado. No sería fácil, de hecho era casi imposible. Mejor era comenzar a elaborar una historia exculpatoria convincente.

La aparición de los interminables postes metálicos que se elevaban al cielo más allá de lo visible por el ojo humano, le indicaban su inminente llegada a la civilización. Deseó fervientemente que Jesús diera señales de vida en ese momento, pero nada, su respiración era lo único que demostraba que estaba vivo aún.

La entrada nororiente estaba frente a él, ya no había vuelta atrás. Comenzó a descender la amplia y larga escalera que llevaba, 150 metros más abajo, a las vías de acceso hacia los distintos lugares de la ciudad.

- ↑ Transportadores
- Galpones 15 a 24
- ← Departamentos 1201 a 2000
- ← Laboratorios Redux
- Oficinas Régimen
- ↓ Centro de carga

Eran las opciones en la pantalla que flotaba frente a él.